

Cosquillas

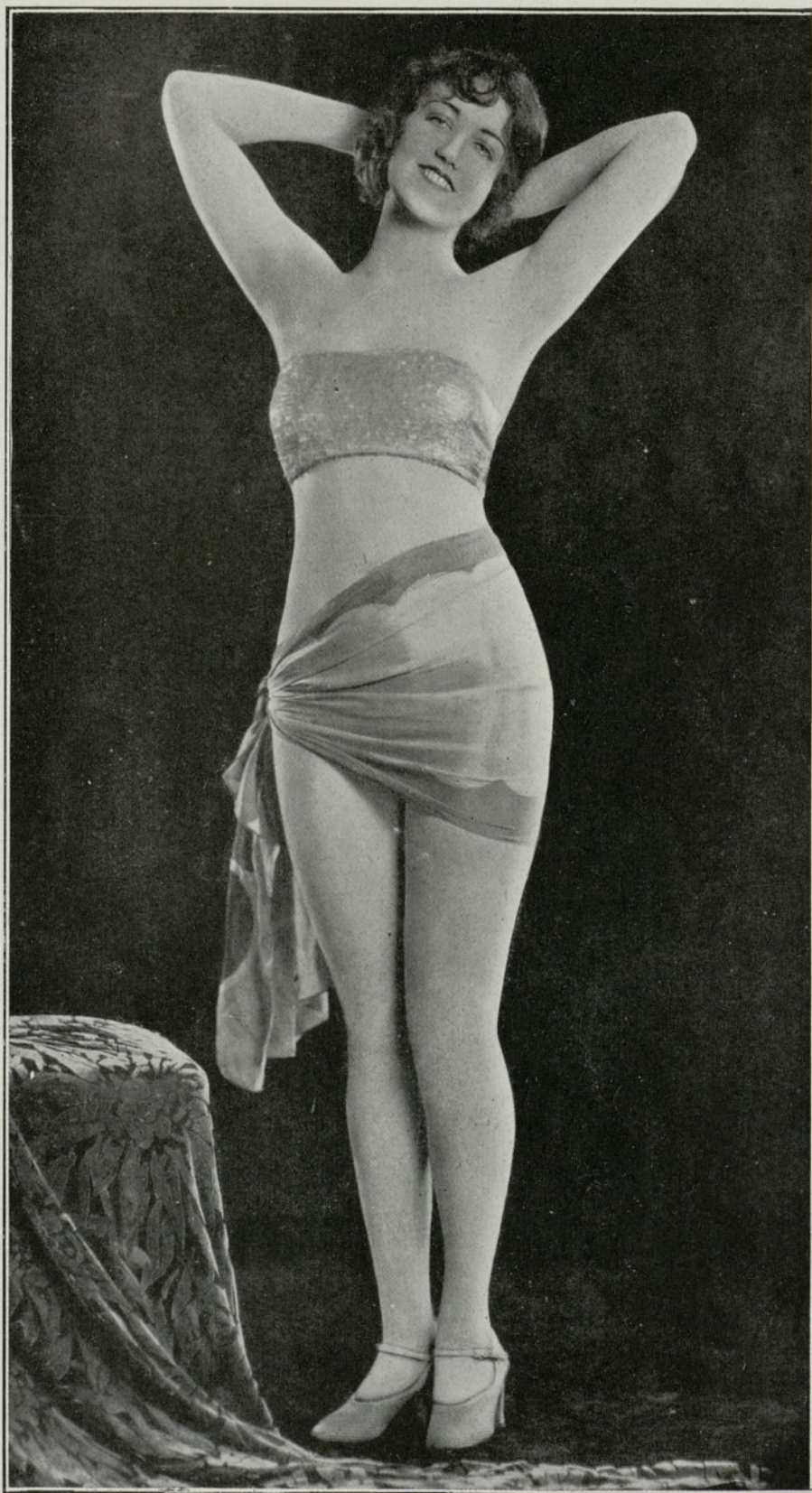
30 céntimos



UNA PEREZOSA, por Demetrio.

—Vengo arrastrándome por la pared, de perezosa y falta de voluntad que soy; tan poca voluntad tengo, que si alguno de ustedes se quisiera portar incorrectamente conmigo, por no gritar... me aguantaba.

Demetrio



La bella actriz del *cine* Marjorie Beebe. ¡Es la *marjorie* mujer que hemos visto! Foto: *Fox-Film*.

COSQUILLAS

REVISTA COMICO
SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

EDITORIAL 1927

Oficinas: Campomanes, 12

APARTADO 8.032

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II

Madrid, 2 de Julio de 1927

Núm. 40



Si tu mujer siente curiosidad por saber lo que son exquisiteces amorosas, ponla al corriente al momento, antes que llegue en su indagatoria a informarse de un amigo tuyo.

Si una mujer te permite ciertas libertades de lenguaje y de gesto, precipítate a darle un azotazo sonoro. Si no se queja más que de que le has hecho daño, felicítate y avasállala.

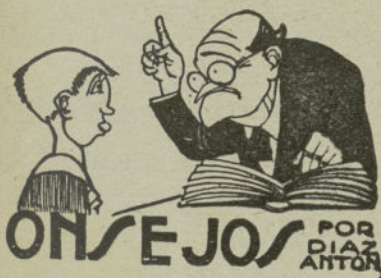
Piensa en que no se pueden protestar las cosas sin un previo e imparcial estudio. Cuando el Municipio implantó lo de la regulación del tránsito, nos queríamos comer a los beneméritos guardias de la porra; y ahora no los regalamos cigarros puros... porque no tenemos vergüenza.

... Pero piensa también en que no todo lo podemos aceptar así como así. Porque a lo mejor un señorito con los ojos pintados nos dice que somos unos tontos en no coger alfileres del suelo... ¡Y hay que liarse a patás con él sin meditarlo!

Quando te conviden a comer, haz honor a los guisos repitiendo de todos los platos.

Quando la comida la pagues a escote, come a dos carrillos; y al que te critique, ¡que le faciliten!

Siempre que una mujer bonita te invite en un lugar apartado a que le ates el lazo del zapato, te ha concedido el cincuenta por ciento para que le desates el lazo de la combinación. ¡Que te lo digo yo!



CONSEJOS POR DIAZ ANTON

(NUEVOS CONSEJOS)

Procura convencer a la mujer que no te quejas, de que te cosa uno de los botones que más necesitas para parecer en sociedad como una persona respetuosa y honesta. ¡Si te oyes ese botón, ya todo lo que queda es fácil, como echar el humo por la nariz!

No blasones de conquistador ante una mujer inteligente; hazte el cohibido ante su belleza y su desenteladura. Hay mujeres que en cuanto ven a uno cohibido, se crecen, te levantan a uno de la mano a donde se cae rebota sin hacerse daño (¡digo las cosas como un diplomático!)

Si un mal amigo, de esos que yo denomino litro de diarrea, te felicita por un éxito tuyo, piensa generosamente en que él, tal vez no ponga la culpa de ser mala persona; y en cuanto tengas ocasión silencia.

¡La risa más barata!

Se ha puesto a la venta el cuarto tomo de la «Biblioteca de COSQUILLAS», que contiene «Las más sugestivas charlas», por Incórdiez, con un prólogo del crítico café señor Karaba.

30 CENTIMOS

¡La risa más barata!

Biblioteca de COSQUILLAS.—Apartado de Correos núm. 8.032.





COMENTARIOS DE UN DEMENTE

El mal y su remedio

Ha terminado el ciclo de conferencias—biciclo en este caso, porque en algunas semanas hubo dos—, con que un distinguido galeno, admirable de perseverancia y durante largos meses ha procurado enterar a la juventud, a la madurez y al estado intermedio entre una y otra épocas de la vida—la terrible “cierta edad” de que nos hablan las personas discretas al referirse a las jamonas—, de los peligros del Amor...

Este apóstol de la cautela, seguido de sus fieles discípulos y precedido de alguna persona de viso encargada de presidir los actos culturales, nos ha dirigido la palabra desde los escenarios de todos los teatros de la Corte.

Yo me arrepiento de no haber prevenido a ustedes a tiempo de acudir a uno de esos mítines. En el próximo Otoño, les avisaré. Se trata de algo que merece la pena.

A lo largo de la campaña que acaba de finar me he templado para luchar contra Venus sin acudir a Mercurio.

La fórmula que se preconiza es sintética y categórica: “Abstenerse” Parece mentira que no se nos hubiera ocurrido antes...

Abstenerse; he aquí la panacea...

Para mí—lo declaro con cierto rubor—, es un poco tarde. Hace mucho tiempo que fui lanzado, como Adán—¡“como” y no “por”, entendámonos!—del Paraíso. Hace tiempo que las estoy pasando negras en esta abominable institución que se llama el Mundo. Pero, a lo mejor, a ustedes aún les pilla en buena edad y no les cuesta trabajo

hacer la prueba. Se reduce, como queda dicho, a que entre la manzana callejera y la pera familiar—valga la metáfora—, se decidan ustedes por lo último...

Al fin y a la postre—no olvidemos que se trata de frutas—, no me parece—y perdóneme el admirado galeno la observación—, no me parece que se consigan grandes resultados siguiendo sus consejos...

¿Qué le puede acontecer a un ciudadano que, por no haber tenido el placer de escuchar las conferencias,

se entrega al desenfreno?... ¿Que fallezca hecho un pingo?... Tan evidente como lamentable... Pero... ¿y al que ha seguido con atención las prédicas y se decide por el abstencionismo?...

En otros mítines y en otras disertaciones he oído hablar de plagas espantosas ¡la tisis!, ¡la imbecilidad!, ¡la epilepsia!...

“In medius est virtus”, como dijo el latino.

¿No podríamos dejarlo en el término medio?

Creer que siempre tenemos el remedio en la mano no me parece cauto.

LEOPOLDO BEJARANO.

Nuestro regalo

Se está procediendo a la restauración de los dibujos originales que han correspondido en sorteo a algunos de nuestros suscriptores; y tan pronto como estén en condiciones, se enviarán convenientemente certificados.



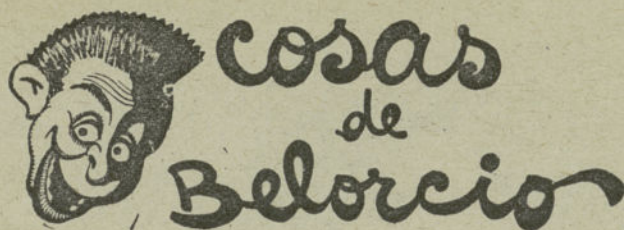
SIN CEREMONIA, por Picó.

—¿Pues no me dijiste que pediría tu mano?
—¡Y la ha pedido antecayer...; pero en el cine!



DESMEJORADA, por Demetrio

—Qué mala cara tengo estos días... ¡Decididamente me está sentando mal este segundo teniente!



¿Ustedes creen que puedo ponerme tonto?

No estoy definitivamente decidido a ponerme tonto. Por eso lo pregunto.

A un hombre tan sencillo como yo, pero, al propio tiempo, tan hombre, tan entero, ¿le estará bien ponerse tonto?

Seguramente, mis lectores, al encontrarse con mi pregunta, se encogerán de hombros con ese gesto que ponemos todos cuando nos preguntan si nos gusta el agua de cebada o si hemos leído algún artículo de García Sanchiz...

Esto, en cuanto a mis lectores... Pero, permítaseme abrigar hasta la asfixia la esperanza de que mis lectoras no han de compartir esa indiferencia.

Mis lectoras se molestarían mucho si yo me pusiera tonto. Habría de antojárselas, seguramente, una competencia ilícita, porque cuanto de ridícula tiene en el hombre la vanidad, es grata, tolerable y aun precisa en la hembra.

Y, sin embargo, tengo mis razones para ponerme tonto... ¿Cómo...? ¡No!, ¡no sea usted bestia, cariñoso interruptor; no es nada de eso.

Me explicaré.

La semana pasada se puso a la venta el tercer volumen de la genial *Biblioteca de Cosquillas*, conteniendo los "Cuentos de Fritz", por "Belorcio".

La Administración de Cosquillas —ignoro con qué siniestras y tenebrosas intenciones—, me ha ocultado cuidadosamente la noticia de que, agotados los primeros 150.000 ejemplares, hubo de repetir la edición, como si se tratase del más famoso número del maestro Autobómbez. Y todos los ejemplares fueron más perseguidos por el público que tobi-

llera por senador del antiguo régimen.

El cerillero del café de las Salesas, un chaval simpático él y gran propagandista de *COSQUILLAS*, me contó con lágrimas en los ojos, que un curial, tan sobrado de gracia y de simpatía, como falto de narices, que se llama Antonio, le había amenazado con empapelarle si no le proporcionaba un tomo de "Los cuentos de Fritz", por "Belorcio".

—¿Y qué voy a hacer yo?— gemía el muchacho—. ¡La edición está agotada!

—Pero, ¿del todo?

—¿Cómo que si del todo?... ¿Usted conoce a don Felipe, ese viejo que cada día viene al café con una sobrina distinta y todas se le van a los veinte minutos...

—Sí, ya sé.

—Pues, más.

—¿Más qué?

—¿No me pregunta usted que si está agotada la edición?

—¡Ah, ya caigo! Elegante símil, mi fosforescente amigo.

Después de esto estoy casi decidido a ponerme tonto. Para convencerme de un modo definitivo de la conveniencia de ponerme o de no ponerme tonto, sólo espero a comprobar detalles.

Consiste el primero en verificar si la Administración de *COSQUILLAS* me devuelve esta semana, para que amplíe la cifra al doble, el recibo de cien miserables pesetillas que hebdomedariamente le remito en un raptó de buen humor.

Y radica el segundo en la esperanza que abrigó de recibir un par de docenas de cartas de mis más bellas y fogosas lectoras solicitando mi asistencia a domicilio para referirlas en una discreta soledad y en la más muelle de las posturas, los

cuentos de Fritz que me he dejado innéditos.

Yo no me las tiro de plancheta como narrador, pero entonces, sí. Y si logro pasar el verano de lectora en lectora, narrando aquí, recitando allá y haciendo lo que se pueda acullá, procurando ser grato a todas ellas y dejarlas satisfechas hasta la saciedad de las naciones... entonces...

Entonces, llegará el invierno y tal temo que ha de pillarme que va a ser cuando voy a tener que ponerme tonto... aunque sólo sea como recurso.

BELORCIO

PRONTO FRIVOLA

La gran revista de belleza

Apartado 8.032



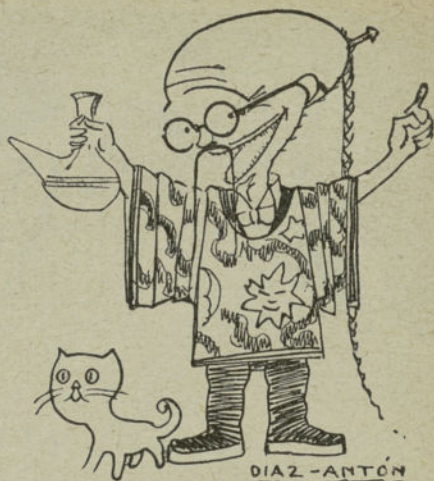
ULTRAMODERNA, por Picó.

—¿Me querrá Luis? ¿Reñiré con Lola?



OBSERVADORAS, por Pico.

—Fíjate en aquel mozo de estación, qué guapo y qué fornido.
—¡Y lo bien que lleva los bultos!



DESPECHO

por

“El Chino desconocido”

Esta semana me han enviado al guano. Ha llegado Díaz-Antón con sus nuevos consejos y me ha barrido; ¡me está haciendo la cusqui este gachó, que no trabaja más que un día cada cuatro o cinco meses y saca más partido que los que estamos *teniéndole el candelabro* al Destino, hechos el *ramadán*. ¡Maldita sea mi suerte! Y es que no cabe duda que no se puede ser modesto; los modestos servimos lo mismo para un fregado y acabamos por hacer las camas y sacar los elementos de desagüe de debajo de las camas; y, cambio, llega un tío de éstos, que dice la gente (¡o dicen ellos mismos!) que tienen gracia, y no hay quien los aguante; y se llevan las perras por no hacer nada. ¡Bueno! que atesoro un mal remo!... ¡Para estos desaires más me valiera sacar un abono de esos baratos!

Madrinas de guerra

Las solicitan:

D. José Ramírez de Aullano y D. Ernesto Gastón de Herrargui. Tenientes del Tercio. 7.^a Compañía. Alhucemas. Targuist. D. Juan Jiménez Mendoza. Teniente de la cuarta Compañía del Batallón de Cazadores de África, núm. 13. Tarcomeurt, Alhucemas.

Juan de la Torre, Santiago Valverde, Eugenio Barahona, Jaime Martínez, Faustino Conde y Evaristo Senra, todos del Batallón de Ingenieros-Melilla, Compañía de Telégrafos de la Red, destacados en la estación telegráfica militar de Tamasint (Alhucemas).

Diríjase toda la correspondencia al
Apartado 8.032



AVENTURILLA

Fernando había salido aquella tarde vernal en busca de una aventura fortuita. Lo inesperado le encantaba a veces. Vagó mucho tiempo de un lado para otro, paseando sus verdes años —aún no tenía cumplida la treintena— con la mayor gallardía posible, a la husma de cuantas mujeres bonitas pasaron a su lado. Siguió a una rubia hasta su casa; siguió a una morena hasta la casa de un amigo; corrió tras de una castaña, de comercio en comercio y de iglesia en iglesia hasta perderla de vista en un remolino de gente.

Ninguna de las tres mujeres, sin embargo, pareció reparar en sus hechuras de buen mozo, ni en las hechuras de su abrigo bien cortado. Días aciagos que hay en la vida. Horas trágicas en que las personas, que acaso andan buscándose para acoplarse desde la pubertad, parecen trocadas en dos paralelas infinitas, destinadas a caminar juntas, aunque sin encontrarse nunca.

Así llegó el anochecer. Fernando, desesperado, confuso, inhábil, nubladas ya sus esperanzas, dejó morir el día y nacer la noche, ajeno por completo a las bellezas imponderables del crepúsculo. Sumergido en brumosas consideraciones, puede asegurarse que ni siquiera sabía por dónde iba. Fue preciso que un automóvil casi lo atropellara para que abriese los ojos a la realidad circundante. Parpadeó entonces varias veces. Vió sombras a su alrededor; vió un ancho paseo con dilatadas filas de árboles, cuyas esqueléticas ramazones se perdían en la negrura; vió, lejanos, unos balcones iluminados; vió que un farolero, paseaba en la punta de una vara, un fuego fatuo, con el que encendía, de vez en cuando, un reverbero triste, en medio de un halo de neblina... Y, de pronto, deteniéndose, exclamó:

—¡Caramba!... ¿Cómo pude llegar hasta la Castellana sin darme cuenta de ello?... ¡Es curioso!...

Tras de unos instantes de quietud, continuó su paseo mirando a uno y otro lado, como si aún no estuviera muy seguro de hallarse despierto. Parecía que gravitaba sobre su cerebro un cansancio extraño, un aplanamiento absoluto, una extraordinaria inapetencia. De pron-

to, no obstante, salió de aquella especie de letargia. Ya cerca del Hipódromo, en el rincón más oscuro del paseo, vió sentada sobre un banco a una mujer. En seguida, sin pararse a reflexionar, con su osadía donjuanesca, acercose al banco y se sentó. No dijo nada. Dedicose a examinar a hurtadillas a su compañera de asiento. La mujer le volvía la espalda. Iba enfutada. Un amplio velo, tras de coronar su cabeza y teparle la faz, descendía en una ola de plena tristeza hasta sus pies.

Toda ella, pues, semejava, dentro de las tinieblas ambientes, a un coágulo de sombras intensas solidificadas por milagro, cuajadas allí, acumuladas en forma de estatua por un escultor espectral.

Fernando encontró en aquella mujer una aventura sabrosa. Su aire misterioso le encantaba. Mientras sus ojos miraban distraídos el solitario paseo, donde un leve y frío vientecillo sonaba tristemente en las ramas desnudas de los árboles, su imaginación, libre y desbocada, le fingía ya una escena de amor, acabada y perfecta. Fernando había sido siempre así: un gran imaginativo. Sobre el hecho más mínimo levantaba un castillo fantástico, poblado de seres de ensueño.

Deseoso de iniciar la conversación con aquella mujer, intentó hablarle varias veces; pero, ¿de qué?... ¡Bah!... ¡De cualquier cosa!... La cuestión era no permanecer callado más tiempo. Así, pues, le dijo:

—Usted perdone, señora, si al sentarme aquí, he turbado sus meditaciones. Lo hice sin darme cuenta y ahora, ignoro por qué me faltan las fuerzas para separarme de su lado. Algo, que no acierto a explicarme, comienza a atarme a usted. ¿Será simple curiosidad?... ¿O comienzo de algo más importante?...

La dama incógnita guardó silencio, pero continuó inmóvil en el banco. Y esto



—Esta revista de modas es muy interesante. Según sus figurines, los trajes de verano van a consistir en tres confetis pegados a capricho, en las partes más artísticas de nuestro cuerpo.

Dib. de Moliné.

ya suponía lo suficiente para esperanzarse un poco. Lo de que "quien calla, otorga" tenía en aquellos instantes un valor real y efectivo. Fernando prolongó el silencioso paréntesis hasta que un hondo suspiro de su compañera le dió motivo para reanudar la charla.

—¿Suspira usted, señora?—la interrogó. ¡Oh! No resulta vana mi suposición entonces. Porque en cuanto la vi aquí, tan sola, me figuré que una cruel pesadumbre le atenazaba el alma. Y quise ver si con mi compañía aminoraba su tristeza. ¿Me equivoqué acaso?... Lo lamentaría profundamente...

La dama insistió en no contestarle. Fernando, sin embargo, se esperanzaba cada vez más. Iba sintiendo una emoción extraña. Hasta creía percibir un fume suavísimo como de rosas desleídas en miel. Jurara también que, tras la negrura del velo, vió fulgir un momento unos ojos estáticos arrasados en llanto. El paseo continuaba solitario. Las ramas escuetas de los árboles, movidas por el viento, producían un ruido melancólico, y sus sutiles sombras parecían escarbar y arañar el suelo. A lo lejos, un perrazo negro, lanudo, olisqueaba los troncos como si los contase. Fernando mintió a la desconocida:

—El sufrimiento es siempre una gran desgracia; pero cuando se le añade la soledad, puede llevarnos hasta la desesperación y la locura. Lo sé por experiencia. Yo también padezco, señora, y penas de amor que son las más amargas... No sé por qué me imagino las suyas iguales a las mías. ¿Quiere que las juntemos? Puede resultar de su unión una nueva alegría para nosotros y, al resplandor de esta alegría, la vida nos parecerá otra vez digna de ser vivida. Afortunadamente no somos viejos todavía y las heridas de nuestro corazón cicatrizarán, si no nos obstinamos en agrandarlas nosotros mismos. Seguramente es usted hermosísima. Deje, pues, sonreír a su rostro y besar a sus labios. Mire que es gran pecado en una flor dejarse marchitar antes de que le llegue su hora...

Entre las muchas cosas que sabía Fernando referentes al modo de conquistar a las mujeres era una, que no olvidaba nunca, la de que éstas estiman sobre todo a los hombres que hablan y obran al mismo tiempo. Por consiguiente, mientras decía a la desconocida las palabras que anteceden, acercose a ella, asido de una mano enguantada, pasole el brazo por el talle y esperó a ver si surgía la bofetada o la aquiescencia. Pudo así, también, comprobar que la dama tenía unas carnes prietas, un tanto desasosegadas bajo su presión, lo cual no es deleznable, cuando se abrigan los propósitos que Fernando abrigaba.

La dama no lo abofeteó. Limitose a hurtarle un poco el cuerpo y a suspirar más profundamente que nunca. Nuestro hombre entonces—cualquiera hubiese supuesto lo mismo—creyó que aquello era pan comido y quiso acelerar los acontecimientos besándola. Al comprender su intención, la dama se puso de pie. Intentó marcharse. Fernando la estrechó entre

sus brazos, dispuesto a jugarse el todo por el todo. La desconocida, tras un violento esfuerzo, comenzó a sollozar abundantemente y se derrumbó sobre su pecho. Fernando quiso levantarle el velo; pero cuando ya estaba a punto de conseguirlo, los brazos de la dama se hicieron súbitamente de hierro alrededor de su cuello y le amenazaron con asfixiarlo. Con un hilo de voz que le quedaba disponible, nuestro conquistador silbó entre sus prietos dientes:

—¡Caricias divinas!... ¡Caricias que matan!...

En aquel punto, una caricia en forma de cachiporra cayó sobre su cabeza y, si no lo mató, dejole al menos sin sentido...

La dama, entonces, lo desvalijó a conciencia, sosteniendo el cuerpo inerte y lacio sobre el banco. Luego alejose tranquilamente del lugar del suceso y en cuanto hubo traspuesto una esquina, arrancose el velo, descalzose los guantes y despojose del luctuoso vestido. No des-

cubrió, sin embargo, unas carnes nacaradas, ni sus pechos redondos y firmes, ni su rostro encantador. Nada de eso. Tratábase de un hombre, cuya voz recia somormujó:

—La combina es de las que no fallan nunca. ¡Cada noche acude a la cita algún primo!... ¡Se vive!...

El ladrón—algún nombre hemos de darle—alejose calle adentro. De pronto cayó sobre la tierra una densa bruma, en cuyas entrañas fuese esfumando su silueta lentamente...

Cuando todo tornó a su primera soledad, surgieron dos guardias. Y el uno comenzó a decirle al otro:

—Si me gusta este barrio, chico, es por lo tranquilo. Jamás pasa nada en él.

José A. LUENGO.

TODA LA CORRESPONDENCIA
AL APARTADO 8.032



—¡Pero, tontina, no te apenes porque se haya marchado ese hombre!... Si una puerta se cierra, ciento se abren...

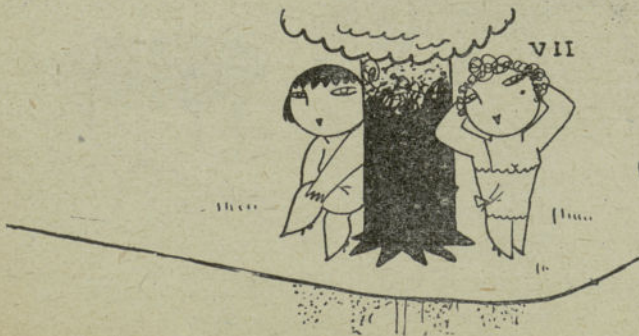
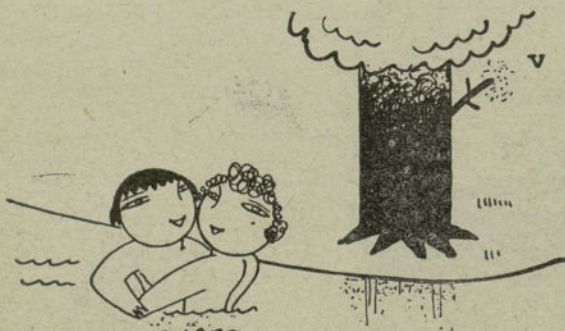
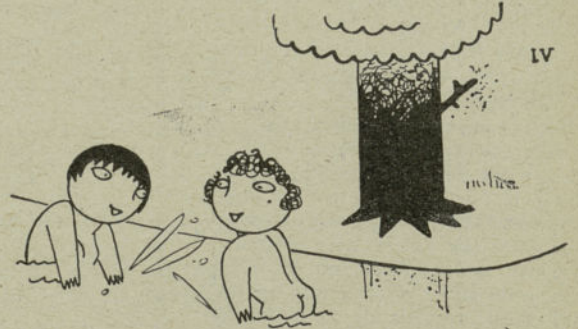
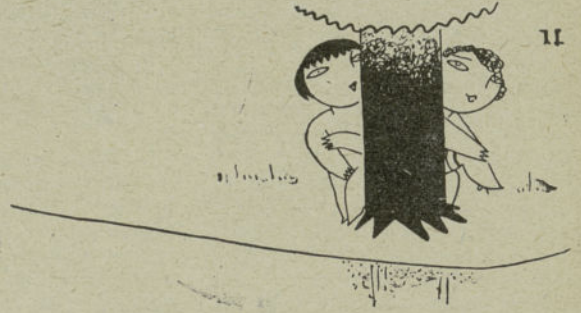
—¡Pero es que todas las llaves no son iguales, querida!

Dib. de Picó.

EL AGUA VOLUPTUOSA

Por MIHURA

Nos bañaremos
sin que nos
vean, aquí en
la presa de
Sautillana



Mihura
xvii

TRÍPTICO

TENGO PARA TI

Tengo para tí, mi nena,
un cortijo allá en Triana
y una yegua jerezana
blanca como la azucena.

Una mata de verbena
colgada en una ventana
que es trono de musulmana
para tu stirpe agarena.

Un trabuco naranjero
para matar al primero
que en ti fije su osadía:
un corazón para amarte
¡y unos brazos para ahogarte
si me traicionas un día!

AGUAFUERTE

Una calleja sombría
mal empedrada y desierta,
en su mitad, una puerta
da entrada a la mancebía.

Dentro, rumores de orgía
y en el quicio, siempre alerta
una mujer encubierta
ofrece su mercancía.

Pasa un ebrio vacilante
y un siseo insinuante
le detiene ante el hostal...

Venus tasa su pecado
y en el inmundo mercado
triumfa el amor animal.

UNA ESTRELLA DE ABO-
LENGO

Nació cerca de Monforte
y en pos de elevada esfera
la plaza de cocinera
vino a ocupar a la Corte;
por lo *altivo* de su porte
un señorito tronera
se brindó a darla carrera
siendo de ella guía y norte.

¡Fué Diosa de mancebía!
un viejo marqués, un día
le ofreció su protección...
y hoy, de lujo y joyas llena
sale a gritar a la escena
que es "Princesa del Trianón".



UNA PSICOLOGA, por Demetrio.

—¿Tú crees que voy bien con estas ligas a esa verbena?
—Yo creo que sí; además, que por si acaso... ¡Todos los amigos de la señora
son de confianza!

SE HA PUESTO A LA VENTA EL CUARTO NÚMERO DE LA
BIBLIOTECA DE "COSQUILLAS"

30 CÉNTIMOS

FIDEL PRADO.



Charlas de Incórdiez

¡Tostao y acaramelao!

¡Repeineta, qué horno es este Madrid! Aquí, pone usted un par de huevos en el balcón, y a los diez minutos son de cemento, de duros que se manifiestan. ¡A ver en qué población de España se le endurecen a usted de esa manera! Y aquí viene lo asombroso: El mismo calor que los hace pétreos, los pone, a veces, que es un asco. ¡Bueno, a otra cosa, porque ya no sé por dónde voy!

Se habrán fijado ustedes en el indumento de verano de las señoras que tienen buenas cosas que hacer. La otra mañana iba por la Carrera de San Jerónimo una *gachí* como de veinticinco años, berrenda en bonita, acompañada de una señora (que también estaba como para dar el grito) que debía ser su madre. Yo, de momento, me sujeté la cabeza, y cuando pude articular le dije a la hermosa mamá: "Señora, cuando se tiene una hija como ésta, se avisa; luego se extrañará usted de que se la aplasten hasta laminarla!"

La hija puso un morrito de enfado que si lo sostiene más tiempo la arranco un cacho, y la madre me sonrió agradecida y un si es no es gachona, tanto, que me animó a decirle por lo bajines para que no se percatara su *pimpolla*, tales cosas, que si me llega a exigir que las cumpliera me hubiese visto azul. ¡¡Pues no le ofrecí yo programa ni nada a la estupenda señora!! ¡No tenía partes que digamos! Mientras la hija, saludaba a unas amiguitas y yo hacía como que miraba los abanicos de un escaparate,

le coloqué el siguiente discurso, el cual oyó ella haciéndose la distraída, pero sin perder sílaba. "Mire usted señora; yo tengo la certeza de que a usted le han dicho un millón de veces que muere de guapa; que tiene usted un cuerpo como para sentar plaza y estar siempre *reen-ganchao*. Pero no le han ofrecido a usted un Eden como el que yo le ofrezco: Si usted me guiña un ojo en señal de aceptación, yo le aseguro que por mucho que haya puesto usted los ojos en blanco en esta vida, no será nada comparado con lo lechosos que los va usted a poner ahora: Y lo que siento es que mis escasos medios económicos no me permitan ofrecerle a usted un relajadero elegante y confortable como usted se merece; ¡so tía rica!, pero sé en donde hay unos desmontes sin hormigas que son una delicia..."

No me contestó con el guiñado de ojo que le pedí, pero se fué con un sofocón, que no se le debe haber pasado a estas horas.

Y de todo esto tiene la culpa el calor. El calor me pone en un estado de acometividad que a mí mismo me llena de espanto en algunas ocasiones.

El otro día estuve a punto de cometer el delito de abordaje con una señora, en la calle de Alcalá.

La *gachí* era un ejemplar de los *de fuera de concurso* por su inestimable valor: ¡¡Qué cara y qué caderas y qué brazos y qué piernas, y qué rayo que me parta a mí!!

Me puse a cuarenta y décimas la hija de mi vida, en cuanto tuve la desgracia de verla venir hacia mí.

Llevaba a la intemperie los brazos, más de media pechuga, casi toda la espalda y las piernas hasta medio muslo; y estas cosas no las aguanto yo así como así; yo tengo un margen para la paciencia y, en cuanto conmigo se llega al límite, se me llena el morral de guijas y arde la histórica. Troya con más facilidad que un rastrojo. Así es, que me acerqué a la hermosa dama y con el tono más autoritario que me salió, le dije apretando los dientes: "¡O me enseña usted lo poco que falta, o le pego una patá en los riñones!"

Vuestro hasta la estereotipación del soconusco,

INCÓRDIEZ.

FOTOGRAFÍAS GALANTES: RARAS Hermosas colecciones

10 pesetas en sellos de Correos

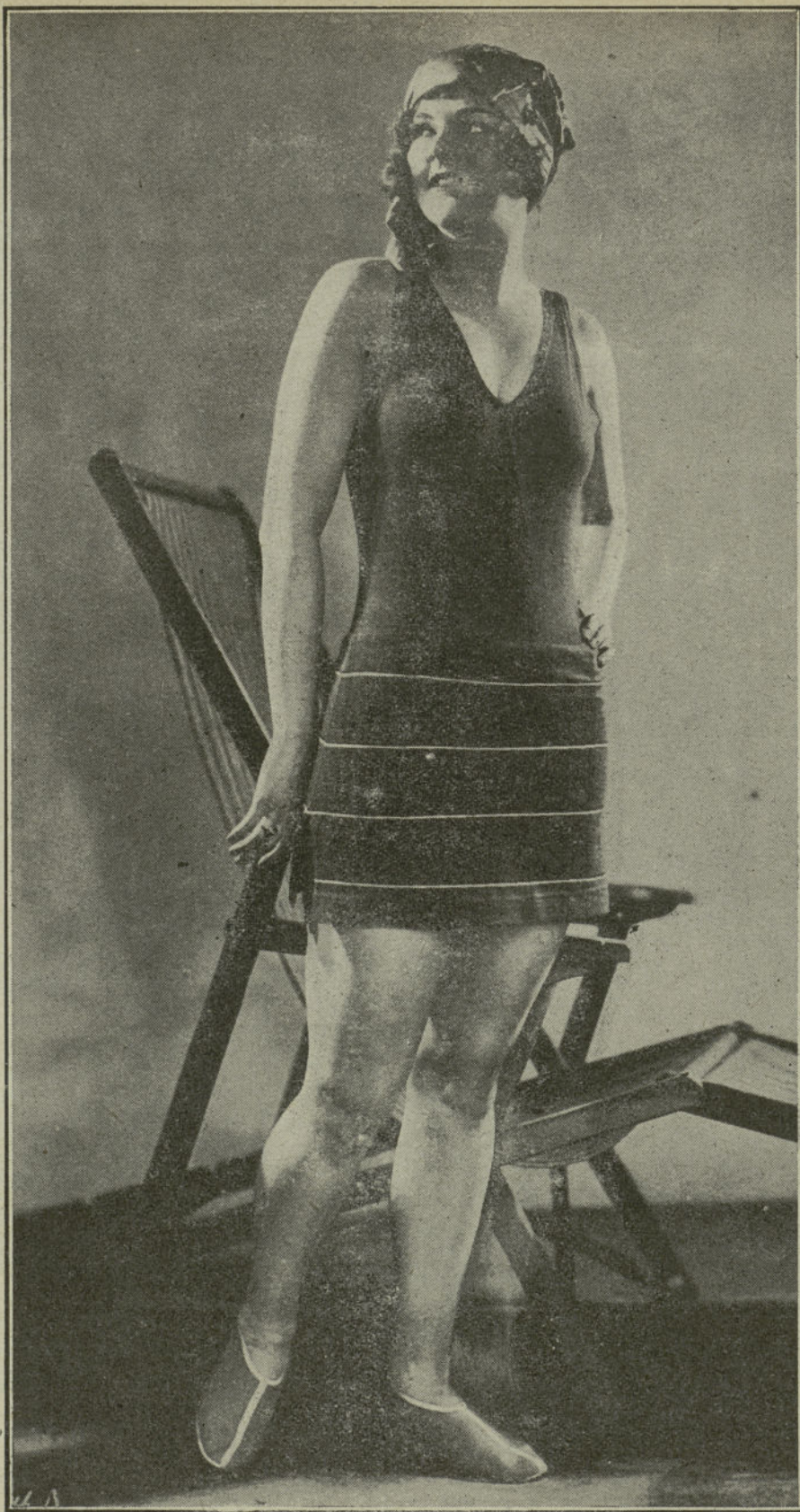
Escribid a **Excelsior**, Poste Restante Central.

BORDEAUX (Francia)



—Tengo mucho calor; no les extrañe a ustedes que me ponga a humear de un momento a otro.

Dib. de Picó.



¡¡Vaya calor!! No creemos que se pueda titular más apropiadamente la estampa que ves, querido lector: ¿Que también se podía titular: *¡Vaya fresca!?* ¡Claro está qué sí! Nosotros al decir *vaya* nos referimos al nuestro.



ESA LUNA LLENA QUE VEMOS EN EL FIRMAMENTO, NO ES LA LUNA, ES QUE EN LA PLAZA DE TOROS DEL CIELO, SE CELEBRA UNA CORRIDA NOCTURNA

Siempre que sale, me dedico a mirarla durante dos o tres horas y, por este motivo, he llegado a saber muchas cosas de ella.

Bonita y taurómaca greguería que se le ocurrió al autor una noche que estaba en Rosales, durmiendo en un banco, que es donde suele dormir el autor y toda su pobre, pero honrada familia.

PRIMERA PARTE

Canto a la luna.

¡Lunita!
 ¡Lunita mía!
 ¡Tienes nombre de mujer!
 Y eres redonda y bonita
 y sabes darte a querer
 por bohemios y por amantes
 y por todos los bergantes
 que, sin cobijo ni hogar,
 te miran, y en su mirar
 —de pobres vidas errantes—
 hay un deseo de llorar...
 caminantes...
 caminantes...
 caminantes...
 (Y se sigue repitiendo esto un poquito.)
 Quiero cantar a la luna,
 (aunque hoy tengo mucha tos
 y estamos a fin de mes)
 y voy a cantarla en seguida
 A la luna,
 A las dos
 y a las tres.
 (Y se vuelve a repetir, muy serio,
 lo del principio.)

SEGUNDA PARTE

Observaciones que yo he hecho acerca de la luna.

Yo he hecho profundos estudios sobre la luna.

Vean ustedes.
 La luna suele salir siempre por las noches.
 La luna unas veces está redonda y otras en forma de raja de sandía.
 La luna jamás tiene una forma cuadrada.
 La luna gira alrededor de la Tierra y es blanca.
 La luna siempre se ve en el cielo.
 Y les juro a ustedes que estas observaciones las he hecho por pura afición y sin que nadie me haya obligado a ello.

Pueden crearme que en mi vida he cogido un libro que hable de astronomía.

Estas cosas que he dicho, las descubrí yo unas cuantas noches que pasé en una fonda de Cercedilla.

Y es que yo, en el fondo, soy un romántico.

En el fondo y en la fonda.
 Soy tan romántico como Enrique Heine.

Ustedes no conocían a Heine, ¿verdad?

Pues yo tampoco.



UNA ANSIOSA PARA LA HORCHATA, por Bellón.

La gorda.—Esta paja que me ha dado el horchatero, no me sirve. Yo necesito un bambú.

Pero de vez en cuando conviene presumir.

TERCERA PARTE

Mi opinión sobre el romanticismo.

Y a propósito de romanticismo. Un individuo está por la noche durante dos horas seguidas contemplando la luna y se le dice que es un romántico.

Un individuo está dos horas contemplando un lago holandés y también se le dice que es un romántico.

Un individuo está una hora y tres cuartos sentado en una roca, dedicándose a la contemplación del Océano e igualmente se le dice que es un romántico.

Y mi opinión sobre este asunto es muy sencilla.

Yo creo que un individuo que está contemplando dos horas seguidas una casita en el campo un lago holandés o una luna llena, no es un romántico; lo que es, es un pelmazo.

¿No les parece a ustedes, caballeros?

CUARTA PARTE

La luna y la mujer.

Aparte de los efectos que produce la luna en la mujer, y que todos sabemos, la luna es la perdición de muchas individuos.

Pero, al mismo tiempo, es su salvación.

¿Cómo?

¿Por qué?

Sencilísimo.

Verán ustedes.

Está uno en la Bombilla con una socia.

Es de noche.

Cantan los grillos.

Allá lejos suenan las estridentes notas de un piano de manubrio y de José Rodríguez.

Es noche de verbena y de algarabía.

Huele a albahaca y a aceite de churros.

La atmósfera está cargada como la escopeta de un guardabosques.

Restallan los cohetes que cruzan el cielo como una estrella errante.

Hace mucho calor.

No corre el aire.

Bueno ustedes ya se habrán dado cuenta por la descripción que les he colocado que es una nochecita como para meterse en la cama taparse los oídos y dedicarse a conciliar el sueño.

Así es que sigo.

Pues bien. Está uno con la señora. Se la tiene pasada una mano por detrás de la espalda y se la dice lo siguiente:

—Esa es la luna, Trinidad. Es redonda como eso que tú tienes ahí detrás y que te sirve para sentarte. Y es blanca como la peluca de tu abuela, la de Zamora. Todos los buenos amantes han contemplado la luna y les ha gustado mucho. Así es que nosotros vamos a

contemplarla también un rato, pétalo de azucena.

Y la señora responderá:

—Siento un extraño malestar que me embriaga.

Y uno la replica:

—No es malestar, rosa de pasión. Es que el placer te llama, y tú debes salir a su encuentro.

—Sí, debe ser eso, porque tengo ganas de tumbarme—dice ella, tocándonos las narices.

Y uno sigue diciendo:

—El amor es una cosa que se presenta cuando menos se le espera.

—¿Qué palabra has dicho al final?

—Espera, jazmín de un huerto.

—¡Ah, vamos! Una cosa así como "cuando menos se espera salta la liebre".

Y va uno y dice:

—¿Has dicho la liebre?

Y se le da un beso con incrustaciones.

Y cuando se dispone uno a hacer un bien a la humanidad, vuelve uno la cabeza y ve que a su alrededor hay unas cuantas parejas que, por lo que salta a la vista, piensan hacer lo mismo.

Pero no hay medio.

Porque la luna alumbra más que la señora de un obrero sin ocupación.

Y por este motivo, la luna salva la honradez de la cursi que nos acompaña.

Así es que la luna sirve para vencerlas, pero también sirve para hacerle a uno la cusqui.

Y les juro a ustedes que he dicho la cusqui porque seguramente habrá un niño que me lea...

Que si no...

Bueno; la verdad.

No se me ocurre nada más acerca de la luna.

Ustedes perdonen.

MIGUEL SANTOS

(Ilustraciones de Mihura).

* * *

Una vez entregado este artículo, leo lo que en el número pasado dice Inórdiez a propósito de mi crónica "Mi novia, la tanguista andaluza" y, en vez de restificar como él desea, la semana que viene le contestaré, demostrándole que un hombre no puede conquistar a una mujer como ella no sienta deseos de conquistarnos a nosotros. Y tengo unos razonamientos para convencerle que, a pesar de toda su ciencia para el amor, le voy a dejar hecho harina lacteada.

A mí, indirectas, no.



REFLEXIONES DE UNA JAMONA, por Picó.

—¡Estarán pasadas de moda las jamonas, pero lo que yo sé es que si apuntara en un cuaderno todo lo que me dicen los tíos!...

¡MOMIOS, NO!

Lector, lo que voy a relatarte no es invención mía. Me lo contó un andaluz, chispeante y jaranero años ha y al venirme a la memoria el caso te lo traslado más o menos graciosamente vestido con la pobreza de mi prosa, pero dejando íntegro el fondo y su desarrollo.

Allá va pues:

Hace años, vino a la Corte de los muchos osos y los muy pocos mardroños un joven y optimista francés, no mal parecido y de una salud pletórica de acometividades que, encantado del cielo eternamente azul de nuestra Patria y más encantado aun de nuestro jovial humor y de nuestras sugestivas hembras no dudó en establecer un negocio entre nosotros.

Pasó el tiempo, el susodicho negocio iba viento en popa, el francés iba popa en viento y... lo que ea natural en un hombre joven, vigoroso y bien acomodado; no se le ocurrió cosa mejor que casarse con una española, pero casarse lo que se dice bien, no de mentirijillas.

Pero este proyecto maravilloso que muchos lo hemos ejecutado con una sencillez de vals de opereta, para nuestro héroe resultaba un problema de álgebra indescifrable.

Observador concienzudo y tenorio contumaz, *mesié Place*—que así se llamaba el aspirante a ingreso en la Cofradía de San Marcos—había corrido la caravana del amor matritense con más éxito que Chamberlain como aviador y sabía un rato largo del carácter femenino y de lo expuesto que es en esta coronada Villa salir coronado de la faena si no se posee un tacto especial para elegir consorte.

Sabedor de este pequeño detalle concibió un original proyecto para librarse de una posible capea; proyecto que puso en práctica *in continenti*.

El plan era más sencillo que aprenderse un charlestón de Guerrero. Consistía en irse una temporada a un pueblo, cercano a la Corte

y allí que el vicio y la tentación de la ciudad no llega con sus tentáculos a la juventud sencilla elegir entre las mozas una que estuviese a la par virgen de alma y de cuerpo.

Y pensado y hecho. Un buen día, con pretexto de establecer una sucursal de su negocio fuese a un pueblo limítrofe, estudió durante algún tiempo las mozas casaderas del partido y, al fin, tras varios tanteos eligió una, robusta no mal parecida, y al parecer más ruborosa que la casta Susana.

Pero, ¡oh decepción! Al llegar la hora de la prueba observó que la prueba—para evitarle sin duda molestias—habíase verificado tiempo ha.

Nuestro buen francés indignadísimo chilló, pataleó, mugió y hasta embistió de coraje y, al fin, tomó una decisión fetén según su criterio: la de irse a querellar al Alcalde ya que el era la autoridad suprema en el pueblo.

Trabándosele la lengua por la

emoción y la rabia elevó su más ardiente protesta ante la autoridad competente, haciéndole ver que aquello había sido un engaño vil. El había ido al pueblo por una virgen y no se la habían dado.

El Alcalde, hombre cachazudo de suyo, algo socarrón y con más conchas que una tortuga anciana, trató de consolarle recomendándole resignación.

Pero el francés que no estaba para consuelos de palabras ni resignaciones bovinas, no cesaba de gritar cada vez más furioso:

—¡Mi yo ser engañado! ¡Mi yo querer una virgen!

Tan pesado se puso con su eterna cantilena y tanto insistió sobre el tema que, el Alcalde, harto ya de tanta lamentación baldía no pudo contenerse y exclamó de malos modos:

—¿Virgenes? ¿eh? Conque no las hay para los del pueblo y las va a haber para los forasteros!

UN GATO DE LA CORTE.



—¡Osú! Ya están aquí lo de to lo día. ¡Me parece a mí que "estos" tienen algo entre manos.

Dib. de Bellón.



PELIGRO INMINENTE, por Picó.

- Hace mal la señora en apenarse porque el señorito pase la noche fuera de casa.
—¡Yo no te autorizo a que opines!
—Y yo le digo a la señorita que es una boba. ¿Está claro?
—Pues explicame por qué soy una boba.

Notas de Sociedad y movimiento veraniego

Por AMARANTO

Para sus vastas posesiones de Escoriciación de La Tomatera ha salido la hermosa viuda de Entrecejo (el que fué nuestro particular amigo), con sus bellas hijas Estertor y Bienvenida.

La elegante dama va a descansar del ajetreo que se trajo el pasado invierno en Madrid, y para que sus niñas se separen de los novios una temporada. La hermosa viuda está tan guapísima que tendrá que pasear con alambrada por el pintoresco Escoriciación de La Tomatera, para evitar las tarascadas que le tirarán los naturales del país.

Es de elogiar la decisión adoptada por la guapísima y conocida cocota Lupe López, la cual y para allegar recursos al Colegio de Bizcos, ha establecido una tómbola en el jardín de su coquetón hotelito de Madrid Moderno. Lo más notable de los recreos con que atrae a sus amigos, es el *juego de la rana*, porque en vez del conocido aparato el que se tiran los tejos, como todos sabemos para meterlos por la rana, es ella misma el aparato. ¡Y para que les vamos a relatar a ustedes!

No tiene fundamento el rumor de que el conocido restaurador de filetes de anchoas haya sorprendido a su linda esposa tirándole *bocaos* al tenedor de libros de la importante manufactura And-Filete-And Choa-Limited.

Lo que sucedió es que un criado indiscreto intrepertó torcidamente y lo propagó de escaleras abajo, lo que a través de una puerta oyó decir al conocido fabricante; el cual le decía a su esposa con tono destemplado "¡Ya te he dicho cien veces que no te quiero pillar con parte del tenedor dentro de la bo-

ca, porque eso está feo!" ¡Y lo que son las cosas!

Nota.—Repito que me salen por una bagatela las amenazas de las distinguidas personas que temen que los saque a relucir en esta importante sección. Ya he dicho que a mí ¡dinerito rico! No se cansen, por tanto, y vayan pensando en la conveniencia de retribuir mi discreción decorosamente. Al efecto, voy a hacerles conocer mi tarifa.

Por ochenta céntimos silencio los casos de adulterio que se hayan llevado a cabo por las esposas, tomando todas las precauciones debidas para evitar el escándalo.

Por una peseta cuarenta y cinco cén-

timos, me achantaré los casos de adulterio con desvergüenza, tales como los de quicio de puerta, banco de paseo público, desmontes y rastrojos, próximos a la ciudad.

Y por dos setenta y cinco no diré, quién es el verdadero padre.

En las noticias veraniegas hago unos precios que será una vergüenza regateármelos, porque no hay quien me los iguale.

Por veinte céntimos diré que han salido para una playa elegante aunque se cueden en Madrid comidos por las chinches, por no tener dinero para comprar el "Flix" devastador.

Y a ocho un real todas las noticias que convengan a la vanidad del anunciante.

¡Conque... a ser razonables, y a aporquinar!

AMARANTO.

MUY PRONTO LA
REVISTA DE BELLEZA

FRIVOLA

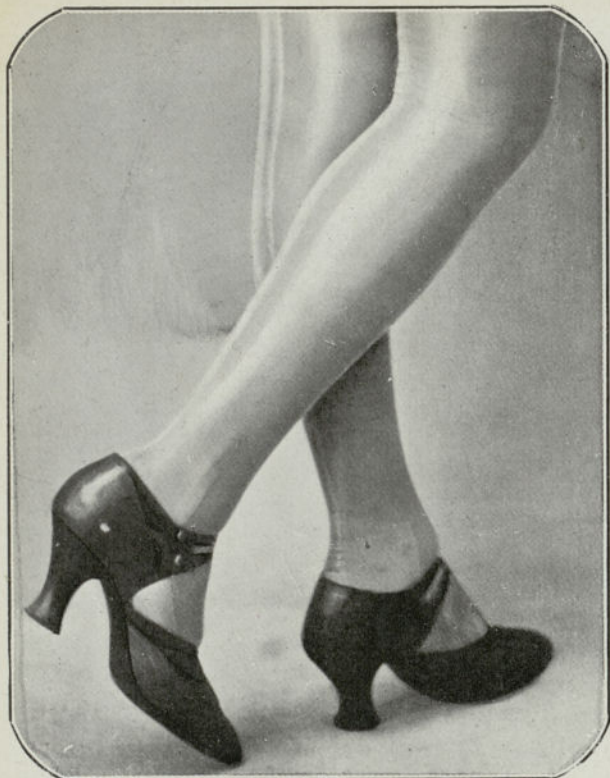


—¿No sales por ahí a ver gente?

—No; yo siento el placer de buscar el rincón más solitario.

—¡Pues vaya un placer!

Dib. de Picó.



CONCURSO DE
PIERNAS, PRIME-
RAS ZONAS DEL
MUSLO Y PIN-
RELES

No dejéis de comprar cada quince días la *****

BIBLIOTECA DE COSQUILLAS

***** 30 CENTIMOS



El último berrido norteamericano es que las mujeres guapísimas se hagan decorar las medias teniéndolas puestas. Comprendan ustedes que la tarea, para ejecutada por otra mujer, pase; pero para puesta en práctica por un dibujante, por más caballero que sea..., no sé yo; de mí, sé decir, que como atarazase por la pierna a una individua como la de la banqueta, iba a dibujarla con los dientes "Las Meninas" de Velázquez. ¡Por éstas!

INCÓRDIEZ